

dibujando el terreno de juego y las que configuran lo que será el sentido común, la normalidad. Imaginario que señala los valores y los proyectos que valen la pena y el sacrificio, y cuáles se deben considerar irrealizables, disparatados o fantasiosos.

Esta es la batalla cultural perdida. Y no era un combate menor: sabemos desde hace tiempo que, para controlar la sociedad, antes hay que ganar las conciencias y convencer a las mayorías en democracia; es imprescindible vencer en la lucha por el significado. Porque este imaginario es el que acaba determinando nuestras percepciones, convicciones y actitudes, nuestra visión del mundo y de nosotros mismos y, en última instancia, nuestros actos, elecciones y relaciones.

En este sentido, una de las tareas más urgentes es trabajar para dibujar un nuevo terreno de juego, para alzar un relato alternativo, sensible a

las necesidades del presente y que se proyecte en un futuro de bienestar y de justicia para todos. No es empresa fácil; se parece a una guerra de trincheras en la que hay que socavar las bases ético-políticas e ideológicas que dieron consistencia al imaginario hoy claramente dominante. Debemos trabajar para destapar la realidad oculta, elaborar una agenda nueva, desenmascarar las trampas que nos entretienen, lograr nuevas condiciones de posibilidad, incrementar nuestro compromiso cívico, dibujar horizontes nuevos y soluciones alternativas, lejos de vías únicas y fatalismos paralizadores.

La lucha por el significado es una inversión a largo plazo y necesita una férrea determinación, una estrategia audaz y flexible a un tiempo, dosis grandes de paciencia y una esperanza a prueba de bomba, factores todos ellos que están a nuestro alcance.

DESPERTAR EL MIEDO Y LA ESPERANZA EN LA ESCUELA

Manu Andueza (B)

– “¡Llaman a la puerta, y yo con estos pelos! ¡Así no puedo abrir!”...

Podría ser una escena de Almodóvar y hasta hacernos gracia; pero, por desgracia, provoca tristeza e indignación, porque hoy la frase puede ser nuestra y de nuestras escuelas. Pondremos en antecedentes al lector:

Siglo XXI, país occidental, al sur de Europa, de nombre España para más señas. País de caricatura, con perdón de todos los caricaturistas del mundo. Con la que está cayendo, y tan tranquilos viendo las olimpiadas, la Vuelta, el inicio del fútbol..., o lo que nos pongan, pues, total, para eso lo ponen. ¿Y qué está cayendo?, preguntará más de uno.

- Pues mire usted, señora: una crisis económica que no se levanta, que permite a los ricos ganar más dinero, mientras el resto ve cómo baja su sueldo, si es que lo tiene.
- Pues escuche: un gobierno asiduo a los juzgados por casos de corrupción; a veces acompañado de la oposición que también participa... y, otras, de la Casa real, que sabe, que no sabe, porque no sabe que sabe lo que dice que no dice.
- Pues atienda: unos políticos preocupados

por lo que les toca cobrar, mientras el gobierno sigue en funciones por no ponerse de acuerdo o porque las vacaciones, más que para dialogar y dar solución a lo atípico de la política estatal, valen para sacar nuevas leyes que favorezcan a las amistades.

- Y sigo: conflictos sociales que aumentan porque vuelven los guetos y otra vez la droga, o vete tú a saber qué pasa ahora por la cabeza de aquel de allí que... Y mientras, permitimos que vuelvan los campos de concentración en Europa; ahí sigue la crisis de los refugiados y nosotros aumentando la venta de armas, que llegan donde llegan, como solución. Apoyamos las soluciones del sistema y no la “diplomacia de la misericordia”, que piensa en los humanos y en su dignidad.
- ¡Ah!, ¿es eso, vecina?
- ¡Pues claro! Lo que pasa es que estamos ocupados en comparar los libros del cole de los niños, sin poder hacernos cargo de todo.
- Los libros del cole... Oiga, ¿y qué dice la escuela de todo esto? Sí, sí, la

escuela; la que debe dar criterios políticos a los alumnos y empujar la transformación social y construir presente y futuro.

- Pues oiga, yo no he oído nada. Nada, nada, nada, nada, nada, nada...
- No puede ser, me niego a creerlo, algo debe hacer, algo debe decir, algo debe proponer.

La escuela, la sociedad y nosotros estamos enfermos de inanición. Nos han ganado la partida. Hay que hacer algo para que lo anormal no parezca normal. Al menos, desenmascarar las estrategias. Dicen que dicen los especialistas que hay dos grandes estrategias para esto: una, el miedo, la otra, la desmoralización. Parece que las dos cumplen a la perfección su cometido. Al menos, las escuelas deberían destaparlas y pensar en vencerlas. ¡Hay que empezar este septiembre!

El miedo es crear amenazas. Unas, mediante leyes que prohíban o asusten al que piensa. Otras, con visiones apocalípticas que podrían hundir nuestras existencias. La mayoría, fundadas en falsedades, tergiversaciones de la realidad que apuntalan intereses concretos.

Desmoralizar es detener la esperanza, aprisionar la utopía y convencer de que el camino actual es el correcto. No hay otra, se hace lo que se puede y, mira, si quieres modificar algo, puedes hacerlo, pero ¡vete tú a saber qué pasará! Y pasa que... no se puede. ¡Ya nos gustaría que fuera otra cosa...!

Y así la gente vota menos, vota igual, o lo conocido... porque más vale malo conocido que... ¡ciento volando! (¿o el dicho era otro?). Es igual, total...

Ante esto, yo le pediría algo a la escuela. Un no se qué que hiciera posible que todo fuera diferente. Recuperar la alegría, la esperanza. Pero

desde la realidad; desenmascarando lo que pasa; y con nuevas expectativas y posibilidades. Hay que estudiar menos guerras y menos capitalismo, menos emprendimientos y más pensamiento que potencie el diálogo entre todos. “Y todos es todos”, no los de siempre; e imaginar nuevas posibilidades, que las hay, y estudiarlas.

Desde septiembre, tras abrazar a los amigos, una batería de preguntas:

- qué ha pasado estos meses en el estado español.
- cómo le afecta al resto de Europa, al mundo, a nosotros.
- qué te parece lo más importante y que



más nos toca.

- cómo saber más sobre ese tema.
- qué soluciones darías tú.
- qué podemos hacer en la escuela.

Luego, hay que contárselo a la vecina; la escuela ha de ser portavoz profético que anuncie, denuncie y proponga. Y que llegue a los demás pillados con los pelos sin arreglar; que sepan que da lo mismo, que antes que los pelos hay que arreglar esta sociedad, un poco adormecida. (Y, antes, a los profes; que a veces no nos enteramos de lo que nos toca).



EL NOSOTROS CAE Y LO INMEDIATO SUBE

Roberto García Montero (BI)

En la sociedad en que vivimos y nos educamos – con sus imágenes y modelos – se observan dos hechos que cada vez ganan más peso:

- Se pierde la identidad del “nosotros”.
- Aumenta lo inmediato como estándar de referencia.

1. En los personajes públicos, cuya imagen se nos transmite como modelo, cada vez es más difícil encontrar actuaciones guiadas por la conciencia del “nosotros”. ¿Estos políticos toman sus decisiones pensando en “nosotros” o en “yo, mí, me conmigo”? ¿Qué figuras de éxito empresarial transmiten valores del trabajo en equipo y decisiones de grupo orientadas al bien común? En esta crisis se ensalza más al promotor empresarial con una idea genial que le da éxito y enriquecimiento particular. Hasta en Hollywood se hacen películas sobre tales experiencias (Facebook, Apple...).

También nos proponen figuras deportivas como modelo de comportamiento; y hasta en los deportes de equipo – con un “nosotros” incuestionable – se promueve el icono individual, cuando ninguno tendría éxito de modo independiente. En las redes sociales cobran importancia figuras individuales nuevas que, desde la soledad de su habitación, muestran su vida, se graban y transmiten opiniones sobre temas de los que no son expertos. Da igual, lo importante es que la gente los vea. En situaciones que premian al mejor de una terna de aspirantes (concursos

televisivos, selección de personal, etc.) poco importan las formas de los ganadores para eliminar al resto de competidores.

Cada vez cuesta más encontrar en las imágenes sociales personas que actúen pensando en un “nosotros” colectivo, con conciencia de pertenecer a un grupo y que antepongan el bien común al suyo propio. Dicen que lo hacen por el bien común, pero sus acciones los delatan y muestran algo bien distinto.

Se da esta paradoja: aún cuando la persona humana no puede entenderse ni desarrollarse en soledad y necesita, para ser persona, de sus congéneres, parece que el grupo sólo tiene importancia como algo exterior, que sirve para mostrar al individuo como excepcional. El grupo social se cosifica, en vez de concebirse cada uno a sí mismo como uno más dentro de un grupo de iguales. Así que valores como la cooperación, el trabajo en grupo, la ayuda y la solidaridad, se omiten como modelos.

2. Por otra parte, la sociedad de la información se renueva continuamente con imágenes y situaciones “noticiables” inmediatas, y lo que pasó ayer a la mañana deja de estar “fresco” para el consumo de hoy a la noche (como mucho). El espacio/tiempo para hablar de algo se reduce al mínimo, porque se valora, cuesta dinero y quien genera el producto lo restringe. ¿Cómo ha ido la capa de ozono durante estos 20 años? ¿Dónde están las imágenes de inmigrantes que quieren llegar